

Paola Masino

Nacimiento y muerte
del ama de casa

Traducción del italiano
de Pepa Linares

Alianza editorial

De niña, el Ama de Casa estaba siempre aletargada y polvorienta. Su madre se había olvidado de educarla y ahora le guardaba rencor. Le repetía:

—¿Qué vas a hacer cuando yo no esté? Algún día me matarás de un disgusto y entonces me gustaría ver cómo te las compones sola en la vida.

La niña callaba, descontenta de sí misma, destinada de todas todas a matar a su madre de un disgusto. Obsesionada con la idea, buscaba en cuantos libros y periódicos caían en sus manos los casos de muerte por aflicción. Pero o no encontraba ninguno o eran rarísimos, cosa que la sumía en una aceptación aún más perpleja del destino que hacía de ella personaje y ejemplo cruel. Absorta en la idea de no poder perfeccionarse más que en el triste papel de hija asesina, se había vuelto muy parca en otro tipo de ideas y movimientos. Tumbada en un baúl que le servía de armario, cama, aparador, mesa y alcoba, lleno de jirones de mantas, mendrugos de pan, libros y restos de funerales (como flores de hojalata de una corona, tachones de ataúdes, velos de viuda, cintas blancas

con sus letras doradas: «A NUESTRO AMADO ANGELITO», etc.), la niña se dedicaba cotidianamente a catalogar pensamientos de muerte. Pensaba y se comía las uñas; acabadas las uñas y los pensamientos, masticaba mendrugos de pan y hojeaba libros en busca de otro sustento.

El polvo de los techos que caía sobre ella se le acumulaba en la cabeza en forma de caspa; migas y restos de papel se le metían debajo de las uñas; el musgo crecía entre las grietas del baúl, y las mantas, en las que a veces se envolvía para ensayar los papeles del rey que va a ser decapitado o del asesino fatal, estaban impregnadas de moho y de telarañas. El baúl, donde la niña se formaba, despedía un olor a selva y a ruinas. Nunca tuvo un pensamiento de indulgencia para los demás o para sí misma. Nunca se rebeló contra la idea de matar a su madre de un disgusto. Se trataba de una necesidad superior e indiscutible. En realidad, era ella quien no estaba interesada en discutirla, lo que le importaba era descubrir sus causas y sus efectos. Por esa misma indiferencia, la niña no había caído en la cuenta de que si bien su cuerpo era carne como la que se exponía en los mostradores del mercado o colgaba en las carnicerías, en su interior llevaba ocultos un pensamiento y un sexo que eran su razón de ser. Pero la niña desconocía el pensamiento porque estaba dentro de él, igual que las algas desconocen el mar y los pájaros desconocen el cielo. Aún no había tomado nunca una idea exterior para maquinarse contra la vida. Estaba acurrucada, olvidada de sí misma, auténtico grumo de pensamiento sin sombra de inteligencia. Vagando así por la fúnebre selva de fantasías que había ido creando a su alrededor, inventó la violencia, la tortura y el suicidio. Del incendio y del aluvión, aprendidos quién sabe dónde, se creó los éxtasis y los hijos. Se alimentaba ya de

aquel sexo desconocido que la aturdió. Emanaba de ella un fuerte olor que la inducía a cantar salmos, como si estuviera envuelta en incienso. Cantaba el producto de su propia imaginación y se ejercitaba en un refinadísimo sistema de sensaciones que le reservaba amargos desencantos y que, en cuanto salga, como sucederá más tarde, la empujará a una heroica estupidez. Pasaba del martirio carnal a las imágenes de muerte, a pesar de las molestas nociones cotidianas que recibía de su familia: «Dolor es cuando te pego una torta. Muerte es cuando el acompañamiento te conduce al camposanto». Ella se sentía atraída por la muerte como por una cumbre o un vuelo.

Nada de lo que constituye la angustia la espantaba, pero había en su vida un sueño que se repetía desde que tenía memoria, tan penoso que la disuadía de dormir. El sueño era este: estaba rodeada de telarañas, por encima, por debajo, por todas partes. No la tocaban, pero flotaban todas juntas intentando envolverla sin llegar nunca a rozarla. En cuanto aparecían, ella empezaba a darse manotazos por delante de la cara, a pasarse las manos por el cuello, a no saber dar un paso, a sentir que las rodillas se le enredaban. Poco a poco, aquellas ligaduras astrales se convertían en un estorbo interior, le parecía que el cerebro se le dilataba y se volvía más tenue, que el corazón le pendía de un hilo y que la voz, si hubiera querido hablar, se le habría enredado en la garganta con un zumbido sordo. Entonces, entumecida, se hundía en el sueño y un temblor estridente le sacudía los miembros, como si la dominara una fuerza que la aplastaba y le succionaba todos los humores del cuerpo. Cuando por fin conseguía despertarse, después de un tenaz combate consigo misma, tardaba mucho en recuperar el llanto y la palabra. Se quedaba como inmersa en una baba helada.

Tras varios años de semejante martirio, su vida se hizo aún más ajena a sus familiares, y ella adoptó la costumbre de descansar cuando oía a los demás bien despiertos a su alrededor y dispuestos a socorrerla. De noche, se llevaba una luz al fondo del baúl y leía hasta el amanecer, sin valor para levantar la mirada de la página por miedo a ver las telarañas espectrales reflejadas en el aire y listas para deslizarse bajo los párpados en cuanto los cerrara.

Por estas razones, la familia la consideraba no más que un mueble. Todas las mañanas las criadas le quitaban el polvo de la cabeza, le barrían los pies, le sacudían los vestidos, los doblaban y volvían a colocárselos en el cuerpo. En Pascua, la empujaban hasta el balcón entre las sillas y los aparadores de la cocina, la lavaban con sosa, le daban cera en el pelo y petróleo en las articulaciones, le examinaban la piel de la cara y de las manos por si estaba apolillada, le ponían una guirnalda de alhelíes en la cabeza y alrededor del cuello y unos volantes de papel de seda azul o rosa en las muñecas y luego la conducían al comedor, entre las tartas pascuales y las fuentes de huevos duros, para que el cura la bendijera, pobre criatura.

Algunas veces, la cocinera, que presumía de piedad por los animales, se la llevaba a la fuerza cuando iba al mercado para que tomara un poco el aire; perro callejero que nadie quería entre las piernas. Pero la niña no miraba el aire, miraba en el suelo las cosas que se pudren sobre el asfalto, los tacones de las criadas que pasaban por encima de los restos de verdura, los arroyuelos de sangre que se cuajaban entre las juntas como los siglos sobre la vida humana. En cada caracol aplastado, en cada naranja podrida, imaginaba el fasto y el declive de grandes dinastías; el ir y venir de los tacones for-

maba estratos sólidos y, al pisar los detritos en los agujeros de la plaza, creaba la geología. Más abajo veía a los muertos, uno sobre otro, empujando con los huesos, mantenerse enlazados por las canillas, dar dentelladas a los nuevos que no saben y se rebelan, obligarlos a amalgamarse con los restos de su peor enemigo, porque lo importante es hacer tierra, servir a los otros hombres que ellos mismos engendraron. Hombres. Nos han llamado quién sabe desde dónde a este planeta y ahora tenemos que alimentarlo. Ahora, los muertos que nos llevaron en el vientre deben llevarnos sobre la espalda, sobre las manos, sobre el rostro. Y nosotros, a nuestra vez, lo mismo. Los hijos aplastan la cara a los padres y creen que no lo saben.

Pero la niña lo sabía. Ignoraba, en cambio, la forma del nacimiento y hasta puede que ignorara que los hombres nacen. Solo sabía y quería con seguridad la muerte de todos ellos. Incluso llamaba «llegar» o «nacer», según los casos, a morir. Por eso despreciaba a la cocinera que la guiaba o a los que evitaban las inmundicias y se preocupaban de no ensuciarse con la sangre coagulada, con los hedores. En el mercado, empezó a cogerle cariño a la comida porque era una nueva oportunidad que se le brindaba de dar y tomar la muerte. Miraba los vientres cóncavos de los bueyes colgados de ganchos de hierro en las vigas de las carnicerías. Se balanceaban lentos, privados de sus órganos, que pendían allí cerca, ya sin vínculos con su álveo natural, atados a extrañas raíces de metal, un metal que tampoco estaba en su sitio, sino arrancado del cuerpo de la tierra. La niña llegaba a la conclusión de que también ella debía de tener en su interior algo que el mundo necesitaba y que los hombres le arrancarían si ella no se lo ofreciera. La forma de la rapiña todavía le resultaba total-

mente oscura, pero en cuanto lo pensaba sentía como si, dentro del vientre, le revolvieran y le apretaran las vísceras a puñados. Entonces tenía que caminar de un modo grotesco, con las piernas agarrotadas. En tales momentos experimentaba también la sensación, para ella terrible, de ser inmortal, de no llegar jamás, hiciera lo que hiciera, a liberarse definitivamente del cuerpo que le han impuesto. Se ponía de puntillas y respiraba levantando la boca al cielo.

Veía el firmamento bien organizado y repartido alrededor del zenit y sabía que lo opuesto era el nadir con sus estrellas. Puntos fijos y necesarios como el corazón en el cuerpo, los pulmones, los ojos o el hígado. Y si una constelación, como un órgano del cuerpo, se viera atacada por un mal y se consumiera o se gangrenara, ¿lividecería el rostro celeste igual que el humano? ¿Los aires, semejantes a ciertos enfermos inmundos, serían amarillentos, en lugar de azules; espesos y babosos, en lugar de límpidos? ¿Arrastraría el cielo harapos purulentos, escamas de aire infecto sobre la cabeza de la humanidad? La niña se sentía exaltada por una compasión tempestuosa; a toda costa quería un cielo leproso para demostrar que sería capaz de meter las manos en aquellas llagas sin la menor repugnancia. ¿Cómo será la sangre del cielo? Porque ciertamente la atmósfera tendrá también una esencia que ha de destilar, como los árboles la linfa; los animales, el semen; las flores, el perfume; las mujeres, la sangre.

La primera vez que vio su propia sangre, la niña pensó en el atardecer. Comprendió el esfuerzo que requiere despejar los cúmulos de nubes en el horizonte cuando a los rayos les cuesta juntar fuerzas para destilar gotas de luz sobre el mundo. El estorbo de las nieblas en el camino natural del sol la inducía a tender las manos hacia la curva del cielo para suje-

tar sus costados doloridos. Puesto que a ella el cuerpo se le volvía pesado y doliente en toda la pelvis, le parecía que debía ocurrir otro tanto en el firmamento. Pero en el verano, cuando los atardeceres se hacían pálidos y desaparecían rápidamente, se irritaba como si fueran una defección. El dolor era una condena universal, y si el aire la rehuía, un peso mayor recaía sobre los hombros del mundo en su empeño por redimir la vida humana. Tanto sufrimiento le parecía un derroche cuando no producía algo de inmediato. Como se extrae alimento de un cordero degollado, así quería que naciera enseguida del atardecer una cosa útil. Aún no sabía reconocerla en la noche.

Poco a poco, la niña se había vuelto tan enemiga de lo inútil que quería encontrarle un motivo a todo; siempre dispuesta a buscar el provecho de las cosas que los demás despreciaban. Llevaba a casa puñados de tierra porque en la tierra podría haber semillas. «Cosas preciosas —le decía a la irritada familia—. Semillas que se ocultan para defenderse y brotar. Tal vez crezca de ellas un árbol que os sirva para levantar el patíbulo destinado a los asesinos, tal vez se está formando dentro un animal que vais a descuartizar para meteros al calor de su piel.»

En el baúl se amontonaban los terrones y las basuras que la niña conseguía robar por los rincones de la casa, los hilos y las pelusas. «Todo tiene una razón y yo debo descubrirla.»

Mientras tanto, habían pasado muchos años y la madre estaba verdaderamente a punto de morir de un disgusto porque no sabía qué hacer con su hija, convertida ya en una jovencita, aparte de compadecerse de ella o humillarla, según el humor del día.

La joven parecía incluso fea, si bien era difícil juzgarlo debido a su desaliño. Era más bien gorda y grasienta, con el pelo incoloro, los ojos opacos y unos puntos negros en la nariz. Tenía las manos bonitas, eso sí, pero parecía que solo le servían para martirizarse la nariz apretando aquellos puntos negros. Los puntos seguían en su sitio, en cambio la nariz se hinchaba y se le ponía violácea. La madre, torciendo la boca, soltaba entre dientes palabras de asco, pero seguía con el rablillo del ojo las maniobras de su hija y, en cuanto se quedaba a solas en su cuarto, también ella corría a situarse delante del espejo y sujetaba una luz muy fuerte con una mano mientras que con la otra, entre contorsiones espasmódicas, se buscaba por todo el cuerpo, hombros, barbilla, sienes y nalgas, la puerca constelación. La madre, al contrario que la hija, era

fatua. Además, desconocía algunas leyes recurrentes en los individuos humanos: en las mujeres, el gusto por dar caza en cualquier lugar o persona a los parásitos con el extendido nombre de comedones. Ignoraba también otras muchas nociones comunes al género humano, incluida esa noción instintiva por la cual cuanto más incapaces nos parecen los hijos para vivir en el mundo, más dispuestos estamos a socorrerlos. Una idea bastante nociva para el resto de la humanidad, pero a los padres y a las madres el resto de la humanidad les trae sin cuidado, y eso beneficia a sus retoños; de ahí que el mundo se componga casi enteramente de ineptos y de egoístas. Todos los padres deberían considerar a sus criaturas individuos independientes y no sentirse obligados a darles, además del nombre, de la manutención de los primeros años y de un largo afecto, una conciencia arbitraria. Así medran la injusticia y la corrupción, mientras que, en la vida civilizada, lo puro y lo justo se quedan en deseos remotos, tan remotos que ni siquiera la niña, aunque seguía unos instintos bastante audaces, llegó jamás a la abandonada región en la que esos deseos languidecen a la espera.

Pero todo esto no viene a cuento, porque en este relato no hay lugar para las ideas generales.

Así que la madre, no sabiendo qué otra cosa hacer por su hija, se disponía a morir de un disgusto cada día un poco.

La hija, entretanto, habiendo agotado por el momento sus funestas especulaciones sobre las cosas universales, se examinó y supo que de todas las cosas, de todas, podía señalar el dolor y la angustia suprema, y decir la forma de la desesperación y el sonido del llanto, pero no del nacimiento. Entonces se levantó lentamente del baúl, que después de tantos años había regurgitado hasta llenar la habitación, se

desenredó del pelo unas plantitas que le habían crecido de la caspa, con manos ligeras se despegó uno de otro los párpados y abrió los ojos, sacó las piernas de entre los montones de libros, se sacudió y se dirigió a la alcoba de su madre. Andaba mal, con paso inseguro, las manos abiertas delante de sí, como si no viera bien el camino. En realidad, le daba terror chocar con los objetos, ensuciar una pared, pisar con demasiada fuerza el suelo, estropear algo. Caminaba con una cautela extrema y al llegar a la puerta de su madre no se atrevió a tocar en la madera. Llamó:

—Mamá.

Era quizá la primera vez que pronunciaba aquel nombre. Su voz fue tan insólita, como arrancada de un antro en cuyo fondo hubiera estado encadenada hasta ahora entre la asfixia y el hambre, que, al oírla, la niña se echó a llorar angustiada. Llorando, crecía en ella la sensación de encontrarse en un pasaje estrecho, entre una bruma sanguina, con un olor fuerte, que ella reconoce, pero del que quiere liberarse, aunque cuanto más lo quiere, más se sumerge en él.

—Mamá, mamá, mamá.

La madre apareció en el umbral. La miró, ya a punto de desmayarse, con los párpados entrecerrados.

—¿Eres tú? ¿Qué quieres de una pobre madre, de una madre deshecha?

—Mamá —dijo la niña con una pena muy honda—, ¿por qué duele tanto decir «mamá» si uno lo dice de verdad, porque lo necesita, no por costumbre?

—¡Qué cosas se te ocurren! —dijo la madre, sacudiendo la cabeza—. ¿No sabes que me estoy muriendo? ¿Y me llamas para eso? Déjame al menos morir en paz, te lo ruego.

—¡Ay, mamá!, ¿no puedes, por hacerme un favor, probar tú por una vez a decir «mamá»? Inténtalo y dime qué sientes.

—Tu abuela murió hace mucho. Si yo dijera mamá sin que correspondiera a una persona, estaría loca.

—Pero «mamá» como lo he sentido yo, por decirlo, sin que importe que tú estés viva o muerta. Es una cosa que existe por sí misma, siempre en un punto, y hace tanto, tanto daño; es algo que quiere liberarse y no puede. Explícamelo tú. Es un tormento de todo en todo, del mundo en el cielo, del cielo en el universo: algo que quiere salir y liberarse, pero está atrapado en un torbellino, sin avanzar, sin retroceder. Es horrible llamarte, mamá. Es como cuando uno nace, ¿verdad? Mejor, como si uno estuviera naciendo y, de repente, ya no sabe qué hacer, está ahí detenido, teme acabar, teme destruirse; avance o retroceda, esos umbrales humanos lo estrechan y, al tiempo que lo expulsan, lo reabsorben. Eso quiere decir mamá.

La madre, sonrojada, se tapó la cara y empezó a gemir. La hija se quedó con los ojos muy abiertos, las manos levantadas y una mueca de asco alrededor de la boca. Poco a poco fue calmándose, pestañeó dos o tres veces, como si se despertara, y dijo en voz baja:

—Entonces, se nace así, ¿verdad?

La madre, ocupada en gemir, no respondió. La hija continuó diciendo:

—Venía a preguntártelo, pero ahora lo sé. Nacer es atravesar un dolor hostil y ajeno que nos conservaba, para ir a donde nos atrae nuestro propio dolor, el que nos consumirá. Por eso, el amor materno es una fuerza siempre desgarrada.

—Calla. Cállate con tus misterios. Eres sucia, nada más que sucia. Sucia toda entera, de cuerpo y de pensamiento.

Basta. No quiero que hables nunca más de esas cosas, que nombres nunca más el nacimiento o la muerte. No, el nacimiento no es la madre; ni el propio Dios podría obligarme a decirlo. El nacimiento es el amor; no, mejor aún, es el matrimonio, porque si te digo el amor, quién sabe lo que serías capaz de deducir. Y ahora vuélvete a tu baúl.

La hija obedeció y la madre tocó para que acudiera una doncella a orear la habitación y barrer el suelo por donde la hija había pisado.

La joven no dedujo nada de la palabra «amor». Era un tema agotado para ella desde hacía mucho tiempo, si es que existe en este mundo algún tema que pueda agotarse. A decir verdad, no había dado por supuesta ninguna relación entre el amor de los seres y el nacimiento, y tampoco las frases de la madre la animaron a buscar alguna, dado que, desde hacía tiempo, ella consideraba los acontecimientos de la materia otras tantas realizaciones de las ideas, y se ponía a buscar estas últimas en cuanto se le manifestaba el fenómeno físico. Para su madre, en cambio, solo importaban los hechos; por tanto, la pregunta de la hija no le pareció otra cosa que un mal disimulado deseo de marido.

Descubierto esto, la madre se sintió inteligente durante muchas horas. Luego, sin ningún pudor, se puso a buscar un hombre conveniente, como suele hacer toda madre respetable con sus hijas. Naturalmente, daba siempre con los hombres menos apropiados para una hija de semejante especie, que era difícil de desentrañar a primera vista incluso para un filósofo que le hubiera querido descubrir tan solo un poquito de alma. En todo caso, los que su madre, con una excusa u otra, condujo hasta el baúl filósofos no eran.

Eran oficiales de caballería que al meter la cabeza en la habitación decían: «Oh, pardon» y retrocedían tapándose la nariz con el guante de piel de Rusia.

Eran jóvenes diplomáticos, que nada más ser admitidos al baúl encendían un Camel y arrojaban la cerilla apagada, la ceniza y sus voces arrastradas a la profundidad del arcón y al rostro de la muchacha acurrucada: «Where are you, mein liebe? Votre maman me habló¹, etc.», revolían los trapos con la punta asqueada de su elegante zapato y, sin haber descubierto nada, se despedían: «Do svidaniya, goodbye, auf Wiedersehen, addio, jó napot, mes hommages». Algunas veces se oía: «Mis respetos», pero era de gente que hacía sus primeros pinitos en la carrera consular.

Entonces llegó un grupo de artistas raros: unánimemente decretaron que la joven era de un pintoresquismo ya superado, un ejemplo de impresionismo malo.

Hubo industriales, pero cuando la examinaron, la mercancía resultó inutilizable incluso como material de recuperación.

Se descendió a simples empleados estatales o paraestatales, recaudadores, conserjes. Sacudían la cabeza y se excusaban ante la madre: «... no es por mí, sino por mi posición...».

La madre comprendía. Probó con los extranjeros de paso. Llegaban en coches ruidosos que invadían la calle con toda la acera y se paraban delante de la casa. Gritaban *Hello!* al entrar, le miraban los dientes a la niña, le examinaban las articulaciones, le estudiaban el nacimiento de las orejas y, con un *uppercut*, volvían a echarla al fondo del baúl.

1. En español en el original. [N. de la T.]

La niña callaba. Si la madre y los visitantes, en vez de quedarse mirando y escuchándose a sí mismos, hubieran observado realmente a la criatura, habrían oído en el baúl una risa subterránea, un agrio rechinar de dientes.

El ir y venir de los célibes duró algunos meses. Una tarde en la que el último y más decadente partido de la ciudad había abandonado la casa para siempre, la madre, de veras agotada, vino a sentarse al lado de su hija. No lloraba, y eso consoló inmensamente a la niña, que no creía en el llanto de las mujeres en general ni en el de su madre en particular. Siempre que era testigo de ese llanto hacía grandes esfuerzos para que no se le escaparan los gestos de impaciencia. Pero hoy debe de ser un momento verdaderamente penoso para su madre, porque le habla con sencillez, diciendo más o menos esto:

—Niña mía, mira lo que te has hecho. Ya nadie quiere mirarte. Yo no sé por qué. No sé cómo tú, que naciste parecida a todas las demás criaturas del mundo, has caído en este estado. Desde luego es un castigo de Dios, pero desconozco por qué delito. ¿Por qué no intentas, por qué no procuras hacerme un regalo a mí que nunca te he pedido nada? ¿Por qué no tratas por una vez de parecer una mujer como las otras? Una sola vez. Para convencerme de que no he parido un monstruo. Si, aun poniendo tu mejor voluntad, no lo consigues, tendré que resignarme a mi suerte. Tú no pareces infeliz con la tuya. Y entonces que se haga la voluntad de Dios. Nos iremos las dos, porque ya nadie te soportará en la sociedad humana, nos iremos las dos de la mano a un desierto y que Dios se apiade de nosotras. Comeremos langostas. También las comió el Bautista. Beberemos...

Calló, porque no recordaba lo que se bebe cuando uno se pierde en el desierto.

—La orina de nuestros caballos —sugirió la hija.

—Eres una cínica.

La madre se levantó de golpe con la intención de marcharse, pero la hija la agarró de un brazo y la detuvo.

—No, mamá. Hasta este momento no habías empezado a montar un drama. Hasta este momento, y solo un poco. Pero lo montas mal, se te olvida el texto, por eso he podido interrumpirte. Y ha sido mejor, porque hay comparaciones que son odiosas. El Bautista está muy lejos de nosotras, aun cuando, como él, comiéramos langostas. Las palabras tienen un valor y vosotros os empeñáis en no reconocérselo. No se utilizan parangones sagrados para convencer a una niña de que es sucia. Es un hecho insignificante, que ni siquiera depende de mí. Ni siquiera de mi alma, sino solo de mi voluntad. ¿Quieres la prueba? Te la doy. Pero hay algo que tal vez no esté en mis manos: este modo de pensar en el que me encuentro envuelta desde el umbral de mi vida. Es un pensamiento que pesa, créeme, mamá, aunque te parezca que no solo me he acostumbrado a soportarlo sino que me gusta y que sin él no le encontraría sentido a la vida. Quiero demostrarte que no me resulta placentero, que haría cualquier cosa para abandonarlo si de veras lo desearas. Pero ahora mira bien lo que vas a decirme. Piénsalo mucho antes de responder. Si yo he querido nacer así, a nacer así tú me has ayudado. ¿Estás segura de que existe para mí una forma mejor? ¿Quieres que me esfuerce en lograrla? ¿No temes que el recuerdo del pensamiento que abandono se me deslice luego en la vida y trastoque toda mi existencia si elijo vivir con normalidad, mientras que si lo conservo, aunque con sacrificio, estaré en mi verdad?

Después de un breve silencio, la madre, mirando a otra parte, murmuró, como si se confesase:

—No he entendido nada de lo que has dicho. ¿Qué tengo que responderte?

La hija se rascó una oreja y agachó la cabeza.

—Bien, entonces te diré esto: puesto que soy más fuerte que tú, cedo. Dime solo lo que debo hacer para darte gusto. No soy capaz de imaginarlo, pero lo haré.

—¿Lo harás?

La madre se sonrojó hasta el cuello de emoción. Estaba inclinada sobre su hija y quizá la habría besado, pero era cierto que la hija estaba demasiado sucia.

—¿Lo harás? ¿Lo harás? —No sabía qué más decir—. Entonces, escucha, te pondrás guapa. —La miró un momento, pensativa—: ¿Podrás ponerte guapa? No importa. Lo mejor que puedas, salga como salga, pero limpia. Te ayudaremos con todas nuestras fuerzas. Te haré un bonito vestido, te llevaré a la peluquería, te lavaremos, te maquillaremos. En fin, en cuanto estés presentable, organizaremos un gran recibimiento, un gran baile, ¿quieres? Y darás la sorpresa de mostrarte así de cambiada ante todos los idiotas que te han visto hasta ahora y han echado a correr.

—Acepto —dijo la hija, y salió del baúl.